

Reseñas

GUY, Dona (2009): *Política azucarera argentina. Tucumán y la Generación del 80*, Tucumán, EDUNT, 373 pp.

EN 1981, a sólo un año de la edición norteamericana, aparecía en Tucumán la edición argentina de *Argentine Sugar Politics. Tucumán and the Generation of Eighty*, autoría de Donna Guy. Esta obra, resultado de años de investigación tendientes a elaborar su tesis doctoral, tenía como temática principal el análisis de la industria azucarera tucumana de fines del siglo XIX y su gravitación en la escena política nacional y local.

El libro de Guy reconocía la importancia de la industria azucarera tucumana y le otorgaba un papel decisivo en la generación de una serie de transformaciones económicas y sociales, resultado de la expansión del cultivo comercial de la caña. Todos los elementos constituyentes de la industria fueron analizados y hábilmente articulados por la política local y nacional, generando de esta manera una nueva visión de la historia tucumana, ausente en los estudios realizados hasta ese momento.

A lo largo de la obra, Guy consigue caracterizar y relacionar todos los factores que conforman la industria azucarera tucumana. Alude a las familias ligadas al negocio azucarero y sus relaciones con la política nacional; analiza la legislación específica como resultado de los lazos entre las diferentes esferas de gobierno y en este sentido rescata la importancia de las relaciones, amistades y parentescos

en la política de la época; describe las instancias y el trasfondo político de la creación del Centro Azucarero Argentino y la Unión Azucarera, entidades que surgen como resultado de estrategias empresariales en defensa de una política arancelaria específica, de demandas de protección y de subsidios y en el marco de intentos de cartelización.

Sin duda el hilo conductor de todo el libro es la política, tanto la nacional como la provincial. El análisis de ambos niveles fue abordado siempre en paralelo logrando desentrañar los lazos entre ambas esferas de gobierno. Dentro de esta temática, la autora relata las instancias de creación de la Refinería Argentina; el nuevo sistema impositivo de la década de 1880 que beneficia el surgimiento de grandes empresas y la expansión de la industria; las repercusiones del “unicato” de Juárez Celman y las consecuencias de la Revolución de 1890. Sin duda el abordaje articulado de todos estos elementos permite vislumbrar la relación entre los acontecimientos nacionales y provinciales, demostrando los vínculos inescindibles entre ambas esferas.

La obra de Guy fue, sin duda, la responsable de cambiar la historiografía sobre la agroindustria tucumana. Relativizó las visiones que la consideraban obra excluyente de un grupo reducido de poderosas familias y las que la caracterizaban como la actividad “artificial” y “especulativa”, producto espurio de negociados y favores políticos. De esta manera Guy consiguió complejizar el estudio de

una actividad que a fines del siglo XIX fue objeto de apasionadas controversias entre sus defensores y detractores.

Otro de los aportes que realizó este libro fue dejar al descubierto una serie de problemáticas que habrían de ser encaradas posteriormente por nuevas camadas de historiadores y estudiosos de la realidad tucumana y del norte argentino. Sin duda, Guy obligó a reformular preguntas, a plantear nuevos interrogantes, a indagar sobre nuevos desarrollos teóricos y sobre nuevas interpretaciones.

Casi 30 años después de publicada la primera versión de *Política azucarera argentina: Tucumán y la generación del 80*, la Editorial de la Universidad Nacional de Tucumán (EDUNT) reeditó lo que ya era un clásico sobre la historia de la industria azucarera tucumana, casi en coincidencia con la distinción que la UNT hiciera a Guy designándola doctora *honoris causa*. La nueva edición ofrece el escrito original, pero en una edición mucho más cuidada y profesional, donde se salvan muchas erratas que contiene la edición de 1981.

Pero, además de esta mejora no despreciable, la nueva edición incorpora dos artículos hasta ahora no traducidos al castellano: “La clase trabajadora rural en Argentina del siglo XIX. El trabajo forzado en las plantaciones de Tucumán” y “Mujeres, peonaje e industrialización: Argentina, 1810-1914”.

El primero de ellos desarrolla la complejidad del mundo del trabajo en el ámbito azucarero tucumano.

Describe los problemas que enfrentaron los ingenios con el objetivo de procurarse trabajadores para las épocas de zafra; la legislación aplicada a los contingentes de obreros; introduce cuestiones relativas al ambiente y condiciones de trabajo y demás problemáticas relacionadas con trabajadores y empleadores.

El segundo artículo analiza cuestiones relativas al empleo femenino, las tareas que desarrollaban las mujeres y el grado de ocupación de las mismas. En este artículo es central la caracterización del sistema del “conchabo” forzoso aplicado a las mujeres en el norte argentino y la declinación del trabajo femenino en el interior hacia la década del 70 del siglo XIX.

Ambos aportes vienen a completar una obra que, si bien los trataba tangencialmente, no los desarrollaba en profundidad. De esta manera la nueva edición del libro de Guy brinda un panorama más amplio y complejo de la realidad azucarera de fines del siglo XIX, indaga sobre todos los elementos constituyentes de la actividad y transmite la voz de todos los actores.

Nuevamente *Política azucarera argentina: Tucumán y la generación del 80* nos pone, a los nuevos investigadores y a la sociedad tucumana en general, ante la presencia de cuestionamientos originales y de herramientas de análisis que 30 años después siguen manteniendo vigencia.

María Florencia Correa Deza
(ISES, UNT-CONICET-ARGENTINA)

JUSTINIANO, María Fernanda (2010): *Entramados del poder. Salta y la nación en el siglo XIX*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 315 pp.

LA autora se propone objetivos muy relevantes: desentrañar la lógica de la política local y los fundamentos históricos, económicos y políticos del dominio oligárquico en Salta en “el largo siglo XIX”; explorar los fuertes vínculos que se anudaron entre esa provincia y el Estado central argentino desde los primeros esbozos de su construcción hasta la finalización de la “hegemonía conservadora” en 1916; dar cuenta de las razones por las que la élite salteña se integró y tuvo una participación tan importante en el grupo social dirigente que controló el escenario nacional en este último período.

La complejidad de la problemática es evidente y requirió, como lo aclara la autora, de un enfoque que conjuga la historia política, el análisis de redes familiares y la historia económica, opción acertada en tanto — como queda sobradamente demostrado en la obra— los derroteros políticos como las opciones económicas fueron en Salta el resultado de estrategias de familia y de extensos entramados interfamiliares. Una incursión en paralelo sobre la construcción de la hegemonía cultural sobre las clases subalternas tendientes a congelar un estado de dominación e inequidad social enriquece aún más el planteo.

El estudio de los mencionados entramados y de sus estrategias es

el mérito más importante de la obra, que encuentra en la lógica de un enfrentamiento de larga duración entre dos grandes agrupamientos y/o tradiciones políticas (el que lideraron los “ortices” en la segunda mitad de siglo y el encabezado por los Uriburu), los secretos de la política salteña desde los tiempos de Güemes. Estrategias diferenciadas que no impidieron que los grupos que expresaban a ambas tradiciones compartieran un “resuelto temperamento nacional” (al decir de Natalio Botana), lo que se manifestó en unos en la adhesión en 1819 a la constitución unitaria que rechazaron la mayoría de las provincias, al constitucionalismo urquicista, al roquismo y al PAN; en los otros en la aceptación de la constitución rivadaviana de 1826 y en su fidelidad al rosismo y, luego, al mitrismo. El realineamiento de estos entramados y las redefiniciones de identidades políticas que resultó del pacto Roca-Mitre en la década de 1890 integra el análisis y es lo que —a juicio de Justiniano— habría abierto el camino para que los Uriburu y otras familias involucradas en el negocio azucarero recuperaran la primacía en la política local en el tránsito de los dos siglos.

El recorrido que hace la autora por el campo de las representaciones y lo simbólico no carece, asimismo, de interés. En un largo capítulo se da cuenta de la pervivencia de un sistema de ideas y valores imbuidos de un racismo indisimulado, los que se imbricaron con el liberalismo político al que adhirieron las élites criollas decimonónicas sin generar con-

flictos insolubles, aunque sería éste un elemento central para explicar el carácter más conservador y apegado a las tradiciones de la clase dirigente salteña en relación a las de otras provincias interiores argentinas. En esta construcción habría cobrado especial importancia la invención de la “familia tradicional”, idea que según el análisis de la autora operó como “una ideología del poder tendiente a instalar nuevas jerarquías y desigualdades en momentos en los que las antiguas se hallaban en franco derrumbe”.

Como María Fernanda Justiniano se preocupa en hacer notar, su propuesta es en gran medida tributaria de los planteos formulados hace más de tres décadas en *El orden conservador* por Natalio Botana, prologuista del libro. Y de ello resultan, quizás, algunas propuestas no del todo convincentes. Una de ellas es la hipótesis con la que se pretende dar cuenta de la importante integración de personalidades y familias salteñas en el bloque de poder que se conformó en el '80 a partir de los recursos que las mismas habrían aportado al tesoro nacional, lo que no queda en absoluto probado en esta ni en ninguna otra investigación. Asociado a ello, la idea de la “sobrerrepresentación” política de Salta en el período “conservador” (el mismo concepto que le mereció oportunamente a Halperín Donghi el protagonismo tucumano en tiempos de Avellaneda y Roca), como si la representación política de los distintos componentes del todo nacional debiera haberse expresado en correspondencia con su peso

demográfico y/o económico u otros factores o condiciones no explicitados. Por otro lado, la explicación del “aislamiento” y el menor dinamismo de la economía salteña con respecto a los indicadores nacionales y con las vecinas provincias de Tucumán y Jujuy en la misma época, presentado como un epifenómeno del explosivo crecimiento de la pampa húmeda, es por lo menos insuficiente.

Sin embargo, son éstas cuestiones menores del libro comentado, que debe valorarse ante todo por sus grandes méritos, sucintamente señalados en esta reseña. Sin lugar a dudas, la historiografía salteña y la del Noroeste argentino han sido notablemente enriquecidas por esta síntesis de una larga investigación que debería abrir un prolífico debate y dar origen a nuevas líneas de trabajo que echen luz a los numerosos problemas todavía no resueltos de nuestro pasado regional.

Daniel Campi

(ISES, UNT-CONICET-ARGENTINA)

LOBATO, Mirta (2009): *La Prensa Obrera*, Buenos Aires, Edhasa, 256 pp.

AL comenzar la lectura del libro de Mirta Lobato *La Prensa Obrera*, un texto consagrado a comprender las relaciones sociales y simbólicas producidas en el mundo del trabajo, presurosamente el lector se sumerge

en las imágenes de las redacciones, de los locales sindicales, en las discusiones internas, en las reuniones de edición y las imprentas obreras. Desde allí, pueden extenderse esos cuadros hacia los barrios, el puerto, las fábricas. Es, en sí misma, una obra cuyas páginas están henchidas de retratos.

Si en ocasiones la historia obrera suele ser fragmentaria, escurridiza y difícil de reconstruir, la prensa obrera constituye un material invaluable porque quizás es uno de los pocos espacios documentales donde el mundo del trabajo es interpelado por los propios trabajadores. No obstante, pocas veces fue objeto mismo de análisis. El trabajo de Mirta Lobato intenta disminuir ese vacío al analizar la prensa como un actor social más, desde su intrínseca dinámica, su significado, su construcción, su función y sus problemas. Todo ese conjunto es presentado por la autora desde el delicado equilibrio entre su misión como comunicadora, sus dificultades financieras y políticas y la trayectoria de las instituciones que la sostenían o publicaban.

En una obra colectiva, Roger Chartier y Guglielmo Cavallo señalaron que la lectura era un proceso de apropiación de los textos donde sus estructuras, dispositivos y convenciones sustentan y, a la vez, limitan la producción del sentido. El mundo del lector, por otro lado, "está formado por comunidades de interpretación que comparten en su relación con lo escrito competencias, usos, códigos e intereses." (Cavallo y Char-

tier, 1997:13) La lectura es, por eso mismo, un diálogo, una propuesta y tiene tres poderes fundamentales: el de transformar, el de formar ideas y el de construir escenarios nuevos. Estas ideas articulan el libro *La Prensa Obrera* de Mirta Lobato, la cuarta obra de la colección Temas de la Argentina dirigida por Juan Suriano y publicada por Edhasa.

El libro y su colección asociada parten de una idea novedosa: trascender el público especializado y difundir la historia escrita por historiadores hacia un grupo más amplio de lectores. Por esa razón está escrito de una manera amena, aunque no por ello pierde de vista la complejidad del análisis histórico.

La hipótesis principal de la autora alega que la prensa obrera fue una herramienta fundamental en la construcción identitaria de los trabajadores del Río de la Plata y en la creación de su conciencia. En sus fases de creación, circulación y lectura/apropiación apeló a componer una representación de los propios trabajadores y a perfilar una comprensión de lo social y de lo político. En este sentido, Lobato se apoya en Nancy Fraser para quien los grupos subordinados suelen asegurar territorios discursivos paralelos donde se ponen en circulación contradiscursos con los que se impugna un orden dado y se formulan nuevas identidades, intereses y necesidades. (Fraser, 1994. La prensa obrera, en definitiva, construyó un público (o contrapúblico) y delimitó los problemas, las maneras, los

valores y los sentidos debidos para el trabajador consciente rioplatense.

Empero, el libro logra trascender el propio objeto de estudio. En efecto, conjuga hábilmente los procesos de producción de la escritura con alternativas y espacios más amplios y propone un itinerario que va llevando al lector por los caminos y trayectorias del mundo sindical de Buenos Aires y Montevideo del siglo XX. Los cambios, las continuidades, las mutaciones internas, las políticas, las disputas y problemas ideológicos, las pequeñas victorias, los grandes logros, etc. En definitiva, *La Prensa Obrera* es una historia del mundo del trabajo rioplatense desde la perspectiva de la historia de lo escrito y sus coordenadas internas tienen por ello un acento cultural y social que enriquece la historiografía de los trabajadores.

Mirta Lobato parte de preguntarse qué comunicaba la prensa obrera y cómo lo hacía. Para dar respuesta a estos interrogantes, la obra está dividida en cuatro capítulos que deambulan por la dinámica intrínseca de la prensa, pero que también abordan aspectos culturales, políticos y sociales de la construcción de la identidad obrera. En el primero de ellos, “Las ciudades proletarias y sus públicos”, Lobato describe el crecimiento y consolidación económica y social de ambas márgenes del Río de la Plata en el marco de la expansión del sistema capitalista. Aquí destacan los pormenores de la ampliación del mundo obrero y la construcción de los públicos lectores: los trabajadores. En este capítulo la autora hace especial

referencia a las disputas por la libertad de prensa y los modos estatales y privados de combatir la difusión de ideas proletarias. Sin embargo, la autora señala que esas publicaciones no estuvieron separadas de la prensa comercial sino que componían en conjunto una trama de intertextualidades periodísticas. El valor disruptivo de la prensa quedó consolidado a través las pugnas por la apropiación del rol de informador (o contrainformador) que los escritos obreros disputan a la prensa comercial para poder educar, “iluminar” y concientizar a los trabajadores.

Quienes debían realizar este trabajo son analizados en el segundo capítulo, “El periódico gremial”. En este apartado la investigadora intenta desentrañar la cocina de la construcción de la opinión pública proletaria. De esta forma, examina a los periodistas y los corresponsales obreros, pero también hace hincapié en las dificultades económicas y políticas que debió afrontar la prensa obrera para sostenerse. Un punto destacado en este capítulo lo constituye el análisis del diseño visual de los textos, ya que la autora no sólo está interesada en desentrañar el contenido de la información, sino también las formas de informar. En este punto, Mirta Lobato analiza el uso de los recursos gráficos: las tipografías, las frases, las imágenes y las fotos que daban sentido a una nueva realidad. Qué debían leer los trabajadores estaba pautado por el diseño visual del periódico u hoja ya que los rasgos formales propuestos para su presentación fueron

construyendo sentidos a través de las reglas implícitas existentes en los contratos de lectura que hacen que el lector entienda la relevancia de cada dato por el lugar en que fue publicado, el espacio que ocupa y el tamaño del titular.

En este sentido, el libro amplía notablemente el campo de análisis de los historiadores dando valor de fuente histórica a las imágenes, las ilustraciones, las viñetas y los titulares, usualmente mirados con cierto resquemor por la historiografía o utilizados sólo de manera informativa. El análisis de las imágenes profundiza el relato y muestra, asimismo, todo un campo iconográfico proletario que no reconocía fronteras ideológicas sino que formaba parte de una cultura obrera con rasgos propios.

El tercer capítulo, “Infierno: el trabajo y sus condiciones” vuelve a abreviar en las imágenes y los recursos literarios para presentar la problemática de las condiciones de trabajo. Hace hincapié en el uso de metáforas para nombrar los modos en los que se desarrollaba el trabajo, los significados del trabajo y sus cambios y analiza la mirada sindical sobre los salarios, los accidentes, la desocupación, las herramientas, etc. En este capítulo la autora se detiene bastante en la cuestión del trabajo femenino y cómo la prensa, dirigida principalmente por varones, construyó la imagen de la mujer trabajadora. Entrelazado con ese abanico de alegorías se va entretejiendo la historia, los cambios y las negociaciones del mundo sindical con el Estado.

Por último, la autora analiza los vínculos entre la prensa, la organización obrera y la política. Lo llama “Las puertas del paraíso” cuyas llaves eran la organización. Lobato se detiene aquí en algunos de los ejes más complejos y problemáticos de la historia del mundo del trabajo: los debates sobre la organización, la acción colectiva, los conflictivos vínculos con la política, la ideología de izquierda frente al sistema liberal, la divulgación y defensa de derechos, así como también el universo moral de los trabajadores.

El estudio demuestra la potencia de los esfuerzos destinados a desarmar los conceptos y representaciones más arraigadas a través de la circulación de ideas vinculadas a la problemática obrera y el trazado de un rumbo. La prensa obrera enseñó a los trabajadores cómo actuar, qué pensar, qué hacer. Construyó un discurso creíble y lo articuló con una esperanza factible y un medio para lograrla. (Stedman Jones, 1987). La descripción aguda de las imágenes y de la iconografía nutren una voluntad de fundar un obrero ideal sostenido en ideas racional/iluministas basadas en los conceptos de progreso, de civilización y de educación como medio para construir una ciudadanía política y social más inclusiva. Todo ese campo, sin embargo, está impreso sobre una matriz simbólico/dramática compuesta por las tradiciones, valores y experiencias de los trabajadores rioplatenses.

La propuesta es sugerente y el constante ir y venir entre imágenes,

representaciones, metáforas, realidades laborales y acciones obreras constituye uno de los aspectos más interesantes de la propuesta. En efecto, la perspectiva de análisis coloca al lector en una situación pendular, la forma de construir y pautar un mundo propio que, no obstante, al no dibujarse desde un lienzo impoluto, sino poblado de experiencias, marca avances y retrocesos. La prensa obrera funcionó como enciclopedia del ser obrero y sostuvo un conjunto de sentidos, valores y actitudes dirigidas a construir un modelo de trabajador que, tal como lo muestra el libro, no fue estático ni inmanente, sino producto y productor de profundos cambios.

En definitiva, en tanto la representación de cualquier sujeto social lleva implícita una mediación política, los esfuerzos por moldear un obrero ilustrado sugieren una propuesta de futuro. A la medida de ello, *La Prensa Obrera* es un libro que habla de los trabajadores desde los propios trabajadores y muestra sin condescendencia sus contradicciones internas. A éstas, propias de la condición humana, antes de ocultarlas, la autora prefiere exhibirlas como propuesta de análisis.

María Ullivarri

(ISES, UNT-CONICET)-ARGENTINA

MALLAGRAY, Lucía (2009): *Heridas por la vida. Huérfanas, prostitutas y delinquentes. Control, disciplina y integración social en Jujuy (1880-1920)*, San Salvador de Jujuy, UNJu, 195 pp.

ESTE libro es producto de la investigación realizada por la autora para su tesis de licenciatura en historia de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la UNJu. La lectura de la obra es amena y ágil pese a la abundancia de referencias teóricas e historiográficas y al lenguaje académico que la caracteriza. Esto, sin embargo, puede ser visto como uno de los méritos de un libro que brinda una puesta al día sobre las principales perspectivas con que son encaradas en la historiografía actual una multiplicidad de temáticas, tales como el higienismo, la enfermedad como problema social, la cuestión social, la perspectiva de género, el proceso de laicización del Estado, los vínculos Iglesia-Estado, la complejidad de los procesos de control social, entre otros. Asimismo, los derroteros de la investigación que sustentan la obra se siguen en la mención frecuente a las fuentes, así como en la referencia que se hace al final del libro a los archivos y documentos consultados.

En el prólogo Daniel Santamaría destaca la valentía de la autora, el “hecho de llamar a las cosas por su nombre”. Ciertamente Mallagray argumenta la elección temática por las mujeres de los sectores populares, diríamos casi ideológica, como una

reivindicación a un sujeto olvidado e invisibilizado por la historia. Pero además como una cuestión cuyos principales tópicos y problemas tienen plena vigencia en la realidad actual. En este sentido, la autora se esfuerza por evidenciar la continuidad de una situación de opresión que perdura hasta la actualidad, las historias de esas realidades “plagadas de penas y dolores”.

“La amalgama de modelos historiográficos” a la que hace alusión Santamaría ilustra la complejidad de una temática para la cual es preciso ir de las ideas a las prácticas, de la élite a los sectores populares, de las relaciones intra a las inter género, y en la que se deben tener en cuenta las relaciones entre clases sociales, géneros, etnias, así como entre instituciones, corporaciones y asociaciones civiles. En un momento histórico complejo por definición, de configuración y reconfiguración de instituciones, de consolidación de una clase dominante política y socialmente, de definición de la ciudadanía desde la exclusión pero también la inclusión de distintos actores. Todos estos son cabos que la autora ata con la destreza de quien cuenta con apropiadas y abundantes lecturas y reflexiones teóricas.

Pasemos a analizar el cuerpo de la obra, que consta de 195 páginas organizadas en cuatro capítulos principales. La autora se propone analizar los perfiles que adquirió en San Salvador de Jujuy la imposición de un modelo de ciudadano y un orden social, jerárquico y desigual, poniendo especial énfasis en las estrategias ac-

tivadas por los diferentes ámbitos de poder (Estado, Iglesia, organizaciones laicas), para afrontar el disciplinamiento de las mujeres de los sectores sociales humildes. Aunque éste es el objetivo principal, del que da cuenta el título, el cuerpo de la obra no lo refleja acabadamente, debido a que la complejidad del tema lleva a un desarrollo previo de antecedentes, de riqueza teórica y claridad conceptual, en los tres primeros capítulos; concentrándose el desarrollo del tema elegido casi exclusivamente en algunos apartados del tercer capítulo y en el cuarto.

El primer capítulo, “Políticas públicas frente a un Estado ‘moderno’”, trata sobre las primeras estrategias de protección y asistencia diseñadas por un Estado incipiente. Para evaluar esas políticas la autora parte del difundido argumento, para mí no del todo convincente, de que los gobernantes y políticos liberales recurrieron a estrategias fuertemente intervencionistas en los planos económicos y políticos, mostrándose frágil, “solapadas y tímidas” en el plano social. Esta debilidad, sin embargo, no impide el compromiso estatal, ni su intervención a través de planes médicos, sanitarios y educativos.

La autora se preocupa por cristalizar los vínculos entre las políticas de control social y las necesidades del desarrollo económico contemporáneo. Se analizan, entre otros tópicos, la recurrencia al poder de los “patrones” en tanto “magistrados domésticos” y la apelación a la policía para garantizar la efectividad de leyes y

edictos que buscaban garantizar la obligatoriedad del vínculo laboral.

Este primer capítulo también analiza la aparición de la filantropía, a la que sitúa en la década 1870, en relación con la emergencia de nuevos problemas sociales —vagancia, mendicidad, prostitución, delincuencia— y a la revelación de la enfermedad como un problema social. Se sigue el desarrollo del Consejo de Higiene Pública y la organización de la Sociedad de Beneficencia como las principales iniciativas que, desde distintos ámbitos, buscan dar respuesta a estas problemáticas.

Un gran mérito de la autora es la claridad a la hora de brindar definiciones. Caracteriza a la Sociedad de Beneficencia como un espacio para el desarrollo de la asistencia social en manos de la iniciativa privada subsidiada y constituida por el poder público. Entiende su creación en el marco del proceso de laicización, y pese a considerarla como “la institución de ayuda social típica del momento constitutivo del Estado moderno”, no descuida las peculiaridades del caso jujeño.

El segundo capítulo, “Secularización y control social”, se divide en dos partes. La primera trata sobre la reacción de la Iglesia frente al embaite secularizador, que se orienta hacia una separación inconclusa y al restablecimiento de la concordia en un gobierno que descubre las ventajas de utilizar al catolicismo como núcleo de la nacionalidad y una Iglesia que se reposiciona privilegiando la acción social sobre la política. En este mar-

co se destaca el impulso dado por la Iglesia al accionar de las mujeres de la élite, como parte fundamental de su proyecto renovador.

En la segunda parte del capítulo se pasa a desarrollar el “control social”. Se brinda un panorama sobre las políticas de intervención estatal para concretar el mentado ordenamiento social. La empresa de moralización de las familias de sectores populares depositará una gran carga en la mujer, la cual debe ser educada y corregida para estar a la altura de sus nuevas responsabilidades.

La caracterización del modelo burgués de familia y de relaciones inter género le permite a la autora señalar las contradicciones e incoherencias de una moral “deshonesta e hipócrita”, que pretende hacerse extensiva a los sectores populares. La relación de dependencia laboral es ejemplo de esas estrategias, que tiene como contrapartida la aparición de la figura de la “chinita o criada”, objeto más que sujeto, de esta empresa.

“Control punitivo del Estado” es el título del tercer capítulo, dedicado a analizar el “sistema punitivo del estado liberal”. Se comienza con un primer apartado dedicado a caracterizar la cárcel como institución de disciplinamiento social. Las teorizaciones de Foucault brindan un marco general, enriquecido con referencias al pensamiento de la Escuela Criminológica Positivista en Argentina, en especial a los aportes de José Ingenieros. Posteriormente se dedica un apartado a analizar las peculiaridades del sistema carcelario en Jujuy, brin-

dando un nutrido panorama sobre la reglamentación interna, problemas más frecuentes e ideas que guiaron los objetivos de la institución a lo largo del período.

Finalmente, la autora trata la institución de encierro femenina de Jujuy por excelencia, el Asilo del Buen Pastor. Parte de los orígenes de la institución, a manos de una congregación de religiosas, guiadas por el objetivo de lograr la rehabilitación de las mujeres por la educación y la labor doméstica. La reeducación moral y de las costumbres —valores cristianos, disciplina del trabajo, papel como madres, esposas y trabajadoras— parecen encontrar un límite en las condiciones concretas que caracterizan la vida dentro de la institución.

Considero que este apartado, que comienza a tratar a fondo la temática planteada por la obra, intenta establecer un contrapunto entre la teoría y la práctica. Es difícil de establecer para el lector en qué medida esto está logrado. Las aseveraciones, casi hacia el final del capítulo, de que “La prisión tenía mucho poder sobre las detenidas”; o que “Tal control-educación entraba en posesión de la mujer en forma completa” pueden estar evidenciando, sin embargo, las dificultades que se plantean al tratar sobre los sectores subalternos. Pese a las explicitadas intenciones de evidenciar “resistencias”, no puede evitarse el asumir una perspectiva “desde arriba”, toda vez que no se cuentan con otras fuentes que las que los grupos dominantes brindan.

El último capítulo, “Disciplinando vidas marginales: articulación entre la Iglesia, el estado y las elites”, trata con mayor profundidad el rol económico-social de la mujer marginal en el espacio público, en relación con el marco jurídico-institucional que definía al ciudadano. Las mujeres pobres, excluidas de esta categoría, son compelidas a establecer un vínculo de dependencia con los patrones, presentado como instancia moralizadora, a la vez que un reaseguro de comportamientos no atentatorios contra el orden social. Esta política de control social se plasma institucionalmente en el correccional de mujeres (Buen Pastor). El capítulo se dedica a analizar los itinerarios de las niñas y mujeres que llegan a la institución y a las casas de familia de la élite, a lo que se suma un panorama sobre las causas de la delincuencia femenina en el Jujuy del período.

Uno de los elementos más enriquecedores de este capítulo radica en la argumentación que desarrolla la autora para ir hilvanando causalmente la mentalidad de la élite, las exigencias del momento político, los requerimientos económico-sociales —disponer de sirvientas bien formadas a bajo costo—, de manera de evidenciar la realidad de los vínculos de poder que someten a (y marcan) la existencia de estas mujeres “heridas por la vida”.

Marcar las limitaciones de la obra puede ser arbitrario, ya que sólo responde al criterio personal del lector. Sin embargo, arriesgaré algunas pro-

puestas como una manera de tomar el desafío que la propia autora desliza a lo largo de la obra. Su voluntad de sentar una posición, valorativa incluso en términos morales, acerca de la vida de las mujeres pobres a lo largo de nuestra historia, de los responsables de estos itinerarios, merecen este esfuerzo.

Creo que persiste un vacío: el desarrollo de trabajos que den cuenta de la vida cotidiana de los sectores populares, de sus hábitos, costumbres, valores morales, roles familiares, sexualidades y prácticas, pero no ya desde los intentos de corrección y control, sino desde el despliegue de la lógica interna de esas historias de vida. Los hombres y mujeres que recurrentemente huyen de los puestos de trabajo, los niños que se crían en la libertad de las calles, las prostitutas como tristes constantes de la historia, las sirvientas altaneras y rebeldes, las mujeres que matan sus hijos en el vientre o ya nacido, las que los abandonan, las que pese a todo parecen no dejarse nunca corregir. Y las que sí lo hacen. Las que aprenden un oficio, las que se instalan ejemplares como fieles compañeras de las “damas”, las que crían hijos limpios y obedientes y “reinan” en el hogar.

Parece que seguimos dedicando más tiempo a la dinámica entre la elite y las coherencias y contradicciones de sus proyectos de control social, que en descubrir la dinámica propia de ese universo que se trata de controlar. Es esa forma de ser de las mujeres de los sectores populares lo que queda siempre entre las som-

bras, lo que se intuye, se deduce, lo que se quiere extirpar, siempre mirado lateralmente y no como un tema en sí mismo. Siempre como vidas en reacción, nunca con protagonismo propio.

Resta plantearse por qué nuestra mirada no puede dejar de ser nunca la del dominador, en la medida en que sólo podemos hallar las huellas de la cultura popular, de la familia y la madre del pueblo, buscando describir lo que se quiso cambiar de ella y cómo se hizo, y no en cómo fue (es, sigue siendo) el ser una mujer pobre, de cuyas vidas muchos investigadores no podemos, ni aún hoy, dar cuenta.

La propuesta entonces es ahondar en la búsqueda de la causalidad de un por qué ser y seguir siendo de estas mujeres, que no son otras que la mayoría en la historia del pueblo argentino. En vez de seguir pensando en la hipocresía de la elite que exige desde siempre que estas mujeres dejen de ser lo que materialmente no pueden dejar de ser: trabajadoras cuando había que ser madres, madres “desnaturalizadas” e “irresponsables”, prostitutas, abortistas, asesinas o ladronas. Quizá sólo maneras de sobrevivir, las más a mano, las más viables, las que garantizan mayor libertad, las que permiten seguir resistiendo y sobre todo siendo. Las más dignas formas de ser mujer.

María Cecilia Gargiulo ARGENTINA
(ISES, UNT-CONICET)